

jour» (p. 41). Es una observación que conviene tener presente, porque la importancia de este sultán, todavía poco estudiado, empieza a tomar cuerpo si se tienen en cuenta trabajos como el de M. Shatzmiller, «Islam de campagne et islam de ville: le facteur religieux à l'avènement des Mérinides», en donde se habla de una «declaration d'indépendance»⁶, cuyo texto recoge la *Dajira*⁷ y cuya idea principal gira en torno a un motivo religioso. La conclusión de M. Shatzmiller nos parece acertadísima: «[...] il ne faut pas non plus revenir à l'axiome selon lequel l'avènement mérinide et dénué de tout mobile religieuse»⁸.

⁶ *Studia Islamica*, 51 (1980), pp. 123-136, concretamente p. 130.

⁷ *Ibid.* y texto en árabe, ed. de Abd al-Wahhāb b. Manšūr, Rabat, 1972, pp. 35.

⁸ Cf. p. 136.

MIGUEL ÁNGEL MANZANO

MENOCAL, MARÍA ROSA, *The Arabic Role in Medieval Literary History. A Forgotten Heritage*, Philadelphia, University of Pennsylvania Press., 1987, XVII, 178 pp.

El libro que tenemos ante nosotros es obra de una romanista atraída por la cultura árabe medieval que quisiera ver apreciada como merece. Por eso es un libro que busca la polémica o que se plantea como diálogo vehemente con los estudiosos de la literatura medieval que se desentienden de la cultura árabe, o que rechazan su contribución a la cultura europea medieval. Quizá este carácter polémico lo convierta en un libro que difícilmente habría escrito un arabista aunque lo lea con complacencia; muchos arabistas convencidos de la importancia del legado árabe en la formación de la cultura europea parecen compartir los rasgos que, según Menocal (*Preface*, XII-XIII), caracterizan a muchas de las obras dedicadas a defender las llamadas teorías «arabistas»: el convencimiento de que es difícil que sean aceptadas en un mundo occidental que busca sus orígenes en la cultura greco-latina, y la esperanza de que a la larga se impongan el peso de los datos y la solidez de los argumentos esgrimidos en su favor. De ahí, cierta voluntad de eludir la polémica, por un lado, y, por otro, la acumulación de pruebas de la influencia árabe en el caso de los cuentos (F. de la Granja), los refranes (E. García Gómez), las ciencias (J. Vernet), etc.

La obra de M. R. Menocal se plantea dos cuestiones fundamentales y, en cierto modo, entrelazadas: 1) la necesidad de asignar un lugar a la cultura árabe en las historias de la literatura europea; y 2) las razones del rechazo de las posibles influencias árabes en la formación de la cultura europea.

Antes de pasar adelante conviene señalar que la autora precisa que se refiere, prácticamente siempre, a la cultura *andalusí*, la cultura de los árabes de Europa, es decir, la que se transmitía desde España, entendiendo de una manera muy amplia el término al-Andalus (*larger Andalusian world*, p. 147), y desde Sicilia, al fin y al cabo, provincia cultural de la primera.

A demostrar el primer punto está dedicada la mayor parte del libro, los capítulos 2-5, y, sólo parcialmente, el 6. En este sentido, la obra que tenemos ante nosotros es una excelente puesta al día de los datos acerca de las influencias de la cultura árabe sobre la europea medieval. Pero no se limita a presentar y comentar unos datos ya conocidos, al menos entre los que aceptan esas influencias; eso podría decirse, si acaso, del largo capítulo expositivo *Rethinking the Background (Chapter two, pp. 27-70)*, donde describe el ambiente cultural, y las circunstancias políticas que lo permitían, en que se mueven Guillermo IX de Aquitania, Pedro el Venerable, Leonor de Aquitania, Federico II de Sicilia, así como el de las ciudades universitarias europeas, especialmente París, que se afanaban en el estudio de la filosofía aristotélica a partir de traducciones del árabe procedentes de España o de Sicilia.

En los capítulos siguientes (3, *The Oldest Issue: Courtly Love*, pp. 71-90; 4, *The Newest «Discovery»: The Muwashshahat*, pp. 91-113, en estrecha relación con el capítulo anterior; y 5, *Italy, Dante, and the Anxieties of Influence*, pp. 115-135), no sólo comenta el estado actual de los estudios sobre cada campo, sino que ofrece interpretaciones de los hechos literarios, no siempre originales, como señala la misma autora, pero sí sugerentes, apoyándose en el reconocimiento de las influencias árabes. Interpretaciones que utiliza para probar el enriquecimiento que supondría aceptar la posibilidad de dichas influencias a la hora de analizar algunos hechos literarios medievales.

Pero, como señala Menocal, dichas influencias, generalmente, no se aceptan, y, con frecuencia, ni siquiera se acepta la posibilidad de discutir las. ¿Por qué?

A contestar esta pregunta dedica la autora el capítulo 1: *The Myth of Westernness in Medieval Literary Historiography*, pp. 1-25, cuyo título ya nos revela a dónde apunta la autora. Es un problema de ideología, no siempre bien articulado, pero no por eso menos presente, suscitado por la cristalización del concepto de europeidad durante el siglo pasado, cuando la experiencia colonial hizo sentir la superioridad de Europa sobre el Oriente, unida a la imagen que los europeos se hacían de su propio pasado. Imagen fundamentalmente deudora del Renacimiento, cuyos hombres escogieron ignorar la cultura medieval como heredera del mundo antiguo para así dar más valor a su descubrimiento de la herencia greco-latina. Y cuando finalmente se descubrió que la Edad Media había sido un período de brillante actividad intelectual, se prefirió negar que buena parte de la cultura y de la ciencia medievales se basaban en las de un mundo cuyos herederos ofrecían en el presente el espectáculo de una decadencia tan notoria.

A lo largo de toda la obra la autora reitera sus argumentos (algo inevitable, por tratarse de un libro que busca persuadir a los lectores), pero no resulta molesto porque, en esos casos, casi siempre aprovecha para aportar nuevos datos o puntos de vista.

La bibliografía recoge los trabajos más recientes sobre los distintos apartados que estudia (en el capítulo sobre Dante, hubiera sacado bastante partido de la 2.^a edición de *La escatología* [M. Asín Palacios, «*La escatología musulmana en la Divina Comedia*», seguida de la «*Historia y crítica de una polémica*», Madrid, Imprenta de la Viuda de Estanislao Maestre, 1943, que se

reproduce en la 3.^a ed., Madrid, IHAC, 1961, y en la 4.^a, Madrid, Hiperión, 1984], pero parece haber utilizado tan sólo la traducción inglesa, abreviada, de 1926).

TERESA GARULO

PETERS, F. E., *Jerusalem and Mecca. The Typology of the Holy City in the Near East*. New York University Press, 1986, 246 pp.

El contenido de este libro responde ampliamente a las expectativas que su atractivo título sugiere, y su lectura despierta un interés creciente a medida que se suceden los capítulos de un estudio dirigido a delimitar las funciones y características urbanas de las dos ciudades santas más importantes de Oriente Medio. Una primera parte de la obra está dedicada a la aparición y desarrollo de los santuarios que más tarde llegarán a ser ciudades y, en algunos casos, ciudades que estructuran toda su existencia en torno a ellos, convirtiéndose así en una ciudad santa. De forma característica, en Jerusalén y sobre todo en La Meca, el poder religioso ha coexistido escasamente con el poder político, que ha preferido dejar ambas ciudades y residir en centros urbanos carentes de un significado religioso tan preciso: ambas se limitan a ser, por tanto, centros de atracción para peregrinos de todo el mundo.

Esta función se estudia especialmente en el capítulo 2 de la obra («The Pilgrimage Network»), en el que se señala cómo La Meca pasa de ser un centro comercial de importancia a tener un significado religioso (aunque sin el poder político, que la abandonará rápidamente por Damasco), y las diferencias que existen entre Jerusalén y La Meca como lugares de peregrinación y, por ende, como ciudades. El tercer capítulo («The Holy City») intenta establecer una tipología de la ciudad santa, en la cual aparecen de nuevo las muy diversas fortunas de La Meca y Jerusalén: esta última está en realidad compuesta de tres ciudades cronológicamente sucesivas y posee una unidad urbana permanente en el tiempo; todo ello contrasta con la inestabilidad del tejido urbano de La Meca. El autor atribuye esta diferencia a que Jerusalén perteneció desde muy pronto a la red de *polis* grecorromanas, en tanto que La Meca surgió como una ciudad caravanera, morfológicamente inestable (a lo que se añaden factores ambientales, como la endeblez de los materiales de construcción y las periódicas inundaciones). Como conclusión a este estudio comparativo, el autor propone la existencia de seis funciones urbanas que conformarían la tipología de la ciudad santa, y que estudia a continuación en sucesivos capítulos: 1) el *Sancta Sanctorum*: la función principal de la ciudad santa se traduce en el enriquecimiento y adorno del santuario principal, al que contribuye de forma importante el poder político central. En el caso de La Meca, se estudia el significado y variaciones experimentadas por el espacio definido como *haram*; 2) la proliferación de *santuarios secundarios* en torno al principal, derivado este fenómeno de la sacralización de la ciudad y fomentado por la presencia de peregrinos; 3) los *servidores del santuario*, que conforman una clase urbana de